

[PRESENTACIÓN DEL POEMARIO “LOS SUEÑOS DEL NÁUFRAGO” DE DORI HERNÁNDEZ MONTALBÁN]

Lo primero, ante todo, es reconocer que es un privilegio y un orgullo, como accitano, como admirador y como amigo, poder participar en la presentación de esta obra, este poemario LOS SUEÑOS DEL NÁUFRAGO, y espero, al menos he puesto mi entusiasmo, mi fe y mi cariño en ello, estar a la altura de esta responsabilidad que tanto me abruma como me enorgullece.

Vientos del pueblo me llevan,

Vientos del pueblo me arrastran,

Me esparcen el corazón

Y me aventan la garganta...

Estos versos de Miguel Hernández son lo primero que me ha venido a la mente para definir la obra y la vida de Dori Hernández Montalbán, nuestra Dori o nuestra Dora. Ella es viento del pueblo, viento del pueblo que esparce su corazón solidario y viento del pueblo que nos llega a nosotros-pueblo desde los versos que aventan su garganta. Viento del pueblo porque, a pesar de haber tenido que alejarse físicamente de esta nuestra tierra por algún tiempo, por devenires de su desarrollo profesional y personal en el Arte Dramático —Córdoba, Madrid—, nunca sus pies han dejado de ser raíces que, en perenne contacto con esta tierra, estuviese donde estuviese, se han

seguido sustentando de las esencias de la tierra madre. Este Guadix, tantas veces madrastra, en el que es tan difícil ser “profeta en su tierra” y, sin embargo, Dori, con su tesón, con su alma de viento del pueblo lo ha conseguido.

Ella es arte, como este viento de todos es arte, desde siempre. En el arte y por el arte la conocí —curiosamente en Granada— como letrista de aquel grupo folk accitano La Cueva. Fue en 1980, en un Festival de este tipo de música celebrado en el Zaidín, con la presencia del poeta Juan de Loxa y, no puedo evitar mencionarlo, con la presencia del grandísimo y desaparecido Antonio Molero, una figura que no ha recibido de este pueblo, todo lo que su obra aportó a él.

No sé en qué puesto quedó La Cueva, pero el premio a la mejor letra se lo llevó una jovencísima Dori por una hermosa plegaria titulada “Elegía por Andalucía”, he aquí la primera muestra que tuve de su esencia, un canto por el pueblo, viento del pueblo. Desde ahí compartimos escenarios y antologías en los ochenta a través del Colectivo de Autores Accitanos Sustari, siendo durante un tiempo la única mujer; y esto es importante, porque a pesar de que las personas del sexo femenino sin duda prodigan una especial sensibilidad, en aquel Guadix prácticamente ninguna se había lanzado públicamente a exponer su arte, y con él su alma; y ella sin red se lanzó al vacío, pero ¿cómo caer, cómo estrellarse el viento del pueblo? A partir de ahí, siempre la he visto, la he sentido, como un pilar, un hito del feminismo en este pueblo, inseparable también a su hermana Carmen, extraordinaria escritora, mejor persona y aún mejor amiga. Ellas han formado un dueto narrativo que nos ha dado bellos momentos de entretenimiento lector recogidos en dos libros, belleza y austeridad, de cuentos que se aferran a sus vivencias, sus raíces, nuestras raíces, las

leyendas y los mitos de nuestra tierra, de nuestro pueblo, de nosotros, de nuestro viento.

Este papel de ser, si no la primera, sí la pionera y la primera con trascendencia en este submundo artístico del Guadix de antes, nos lleva a valorar su aportación al feminismo en esta comarca, tanto en Guadix como en todo el Marquesado del Cenete. Es un feminismo natural, sin “postureo” ni impostura, es feminismo del día a día, del trabajo diario, de defender los derechos y las igualdades de las mujeres a través de su viento del pueblo, materializado en sus versos, sus relatos, sus emotivos artículos en Wadi-As y, cómo no, en sus talleres de teatro, su acercamiento del arte dramático a todos y, ante todo, a todas, porque ha servido de ariete para que mujeres de generaciones anteriores supieran liberarse de sus tapujos, complejos y absurdos condicionantes socio-culturales.

Dori, nuestra Dori, ha compartido escenario —sin distinciones por su parte— tanto con Javier Elorriaga, como con nuestras mayores, en esos talleres para la mal llamada Tercera Edad; nos ha dejado grandes reflexiones, incluso metafísicas, con ese personaje —tal real como literario— que es el gato Ojos de Uva, sin aspavientos ni redundancias altisonantes pero hueras; nos ha dejado versos de sensible belleza, amplificadas su voz por esa virtud connatural en la declamación, virtud nacida de juglares, de vates del pueblo... Y hoy vuelve a abrírsenos en canal, a mostrarnos los más recónditos rincones de su alma —un alma del pueblo— con un nuevo poemario, un nuevo testimonio escrito que plasma su sensibilidad especial, esa especialidad que ha hecho que siempre haya estado presente, con firmeza y constancia, sin desalientos, en el mundo cultural de este Guadix.

En este nuevo poemario LOS SUEÑOS DEL NÁUFRAGO, poesía, denuncia y filosofía se aúnan, con elegantes versos cargados de existencialismo, pero de un existencialismo vitalista, que nos abre a la esperanza de la reconciliación, la paz interior con uno mismo, tras la guerra existencial del ser que se ve abocado al determinismo fatal de la existencia en un mundo depravado, sin conciencia, donde el individualismo nos hace girar los ojos buscando los ángulos muertos, para no enfrentarnos a las injusticias y crueldades que la sociedad global nos impone, el ser a través de los versos se rebela, lucha y vence, porque no hay mayor victoria que la propia reconciliación. La denuncia también es victoria en cuanto vuelca los ojos del lector, de la sociedad, en busca precisamente de esos elusivos ángulos muertos y arroja sobre los iris, sobre las conciencias, justamente todo aquello de lo que las conciencias acomodadas han querido escapar bajo una envoltura de ignorancia consciente.

La obra está dividida en tres partes:

La primera parte lleva por título “**Cartografía**”. No es una cartografía de mapas realizados, es una cartografía de descubrimientos, de mapas por hacer, de mapas que se van haciendo.

Partiendo de *El caos original: pura infinitud, / tal vez blanca o implacable oscuridad.... El universo más viejo que las primeras estrellas*, el mundo-universo se va creando, es una visión poética y existencial de lo que va ser, del universo en el que los seres nos vamos a ver atrapados y, al propio tiempo, perdidos. Así, en el poema 7

de esta parte, el poeta se plantea si es el *único tripulante de una nave fantasma que naufraga sobre un mar de silencio*, dialoga con su soledad y nos regala un magnífico verso: *Maldigo todo olvido, / pues somos tan sólo el recuerdo*. El recuerdo como la pervivencia más allá de paraísos perdidos o glorias por alcanzar, la pervivencia en la memoria, un ente etéreo pero real, tan real como el propio debatir cotidiano de la existencia. Y en este debatir, el poeta se deja llevar, arrastrar por la corriente, pero realmente el viaje no está en esa dejadez, no, el viaje es un viaje interior, al *fondo de los propios ojos* en busca de la luz, ¿es esta luz acaso la blancura implacable de esa posible dualidad del cosmos, mientras la oscuridad ha sido el conducto por el que se ha desarrollado el viaje? Y, al fin, cuando ya se han atravesado todas las regiones oscuras, en las que vivos y muertos esperaban la luz del cosmos, el poeta alcanza la luz, la luz final que rompe el silencio, la esencia del cosmos, la esencia de la persona del poeta: la voz, su voz. *La voz: ese imperceptible temblor / que me devuelva a la vida*.

Escribía Antonio Machado:

*El alma del poeta
se orienta hacia el misterio.
Sólo el poeta puede
mirar lo que está lejos
dentro del alma, en turbio
y mago sol envuelto.*

Dori con este poemario, y en especial en esta parte, ha demostrado ser una poeta

en este sentido machadiano, ha sabido mirar dentro de su alma y ha sabido rescatar de ella, resolviendo el misterio, aquello que parecía oculto y lejano para conciliarlo con lo más evidente, a los propios ojos, de su ser.

Decía Hemingway, y siguió su postulado Dori en “El cuaderno de los icebergs”, que lo escrito es como un iceberg, que las palabras sólo muestran —e incluso, sólo deben mostrar— una mínima parte de la idea y que el resto permanece oculto. Sin embargo, en el presente poemario, Dori por lo que pugna, dando una vuelta de tuerca más a su trayectoria literaria y vital, es por rescatar de debajo de las palabras esencias de su propio yo interno, de su propia intimidad interior, una ardua labor que conlleva luchar contra ese yo atormentado y existencial que quiere abstenerse de toda comunicación, para al final recuperarlo a la Vida, con mayúscula, y firmar la paz, alcanzando el equilibrio.

La segunda parte lleva por título: **“Cuatro lunas de sangre o poemas sobre los que el pájaro se posa”**. Aquí, el poeta, alcanzadas la luz y la voz, utiliza este instrumento recién descubierto para denunciar todo lo que de sombras existe en este mundo que debiera estar amparado por esa luz. Denuncia el hambre, la guerra, el cercenamiento de la infancia, la anulación de la mujer como persona portadora de derechos, de los mismos derechos, la ignominia del mal llamado mundo civilizado que sigue y persigue encontrar un atrezo tras los espejos que apuntan los ángulos muertos, para insensible —en un “no sabe, no contesta”— eludir fría y cínicamente su responsabilidad.

Es *la poesía un arma cargada de futuro*, nos enseñaba Gabriel Celaya y Dori carga esta arma y arroja sus dardos en versos sobre las mentes estáticas. Y toma partido, *toma partido hasta mancharse*, salvando así la maldición del poeta vasco para aquel poeta que no lo hace. Versos comprometidos y versos que se abren a la esperanza, buscando, a través de la denuncia, que la conciencia social al fin rompa su mutismo y se deje llevar por la voz, la voz del poeta.

*...al tiempo que mendigo
para este mundo agónico,
un rayo de esperanza.*

Señala Mario Vargas Llosa que “*la mala literatura está cargada de buenas intenciones*”. No es el caso de estos versos, en los que Dori ha sabido equilibrar en la balanza el dejarse llevar por su conciencia denunciante y mantenerse firme en la forma; versos de altura para denuncias de sucesos tan cotidianos, que nuestros ojos han acabado por formar parte de la propia injusticia, dejando que ese dolor se convierta en rutina, en murmullo de fondo en cualquier noticiario.

Es por esto que Dori nos reclama *ver la luz, ver la luz, / aunque sea con estos ojos de niebla*.

La tercera y última parte es la titulada “**Náufragos**”. En esta parte final, tras el estallido de indignación y denuncia, volvemos al origen de la voz, de su descubrimiento, donde dejamos al poeta culminando la primera parte. Lo habíamos dejado alcanzando la esencia de un cosmos que acaba de eclosionar, y cómo señala la

propia Dori, a modo de autocita introductoria: *Desde la gran eclosión, en el mundo sólo quedan náufragos*. Estamos en este punto, en la conciencia del naufragio, la soledad en desbandada, el dejarse llevar, el dejarse imponer, el existir por existir, el existir del *cuerpo atrapado / entre la razón y los impulsos / náufrago del deseo*, en versos de Dori, o *la conciencia que, oculta tras los ropajes de la incertidumbre, / hasta que al fin sucede, se impone en el vacío, / pervive en la memoria / y durando se destruye*.

Y acercándonos a los últimos versos vemos enlazadas todas las partes del poemario:

*Desde la sombra, al ansia súbita de la luz,
vamos huyendo los hombres,
en ese ir y venir ¿cuándo se nos volvieron los ojos
duros como piedras?.*

Dejando de nuevo abiertos resquicios para la esperanza:

*Aparente quietud. El sueño del rescate
en tu isla desierta.*

Y, por fin, la conclusión, ¿qué somos realmente en este mundo globalizado, vano, vacío y uniforme?, ¿qué nos queda? *Somos náufragos, avaros contadores de tiempo*.

Dori, cara a cara, frente al papel, ha roto con sus versos la ignorancia que denunciara Javier Egea en “Paseo de los Tristes”, cuando versificaba:

... ignorando la clase oscura en que nacimos,

*sin consciencia de naves hundidas,
de rubios náufragos,
condenados a vivir una historia perdida
de explotación y soledad, de muerte enamorada,
sin saberlo.*

En efecto, Dori nos despierta la consciencia de nuestras naves hundidas, de ser náufragos, de vivir una historia de explotación y soledad, pero no se conforma, no acepta la condena y se revuelve, cómo ya se ha señalado, para abrirnos espacios directos hacia la esperanza, para recordarnos *el remoto tiempo en el que fuimos / como los ángeles.*

Nuestro Federico García Lorca, que siempre ha latido en el alma-viento del pueblo de nuestra autora se lamentaba:

*¡Qué pena de los libros
Que nos llenan las manos
De rosas y de estrellas
Que se esfuman y pasan!*

Pero no es este libro de los que tras leerlo se esfuma y pasa, no, este libro además de traernos sus rosas y estrellas, su belleza poética, nos hace pensar. Las reflexiones del poeta sobre su propia existencia nos hacen sobrecogernos para interpretar dentro de nuestras conciencias nuestra propia existencia, y su lucha nos invita a nuestra lucha, y su victoria nos da esperanza para nuestra propia victoria. No, estos versos no se esfumarán y pasarán, no, estos versos quedarán como manual de

cabecera para poder leerlos y releerlos en los momentos en que nos veamos superados por el mundo y con lucidez, sin estridencias, con la pura filosofía de quien ha luchado y vencido a su propio ser, podamos sosegarlos y abrir los sentimientos a la esperanza.

La poesía de Dori, como el tónico del buen vino, ha ido haciéndose más profunda y mejorando con el paso del tiempo, de su tiempo, de su experiencia, de su tenacidad, y ha visto cumplido el deseo de Miguel Hernández cuando reclamaba:

*Que como el sol sea mi verso
más grande y dulce cuanto más viejo.*

Así, su constancia, su tesón por el esmero denota su ética artística, definida al modo del poeta norteamericano Ezra Pound: “*El esmero es la moral del artista*”.

Con los deberes hechos se nos presenta esta noche esta obra. Ya no es tiempo de alargar los entremeses, cuando el plato principal está a la espera. Les esperan los versos de Dori, no los engullan, saboréenlos con calma, expriman toda su esencia y déjense llevar. No se les atragantarán, se lo prometo.

Gracias a ustedes por dejar que les arrebaté su tiempo y gracias a Dori por dejar a este náufrago participar del suyo.

F. Javier Franco